

Mario Vargas Llosa, el escritor ensimismado

>Fernando Nieto Cadena*

1

Cuando se supo la noticia que la academia sueca otorgaba el premio Nobel de Literatura de este año a Mario Vargas Llosa, Heriberto Yépez, parafraseando el inicio de *Conversación en la catedral*, se preguntó en su columna del suplemento Laberinto del diario Milenio, “cuándo se jodió Vargas Llosa”. La pregunta era al mismo tiempo pertinente e impertinente. Lo primero porque alcanzar el tan ambicionado premio en pleno proceso de franca decadencia —como escritor ficcional— daría motivo a una cadena de cuestionamientos de lo aparentemente inoportuno de su concesión, cuando ya sus mejores obras por sí mismas alcanzaron su condición de clásicas contemporáneas. Lo segundo por lo mismo de lo anterior ya que mueve a pensar si a estas alturas el polémico Varguitas necesitaba el premio para trascender. Después de todo, el lugar común del doctor Perogrullo enseña que muchos de los escritores renombrados no fueron tomados en cuenta por dicho reconocimiento. Sólo por vía de ejemplo va el nombre de James Joyce o ya en los arrabales de nuestro costado planetario el de Jorge Luis Borges, César Vallejo o Juan Rulfo pueden citarse. En con-

traste, la Sara García o Libertad Lamarque de la poesía latinoamericana, doña Gabriela Mistral fue la primera escritora latinoamericana en recibirlo.

Por fortuna el dichoso premio Nobel es cada vez más una anécdota, un cintillo mercadotécnico para encandilar a lectores necesitados de muletas promocionales para lanzarse a la aventura de leer sobre seguro. El premio por todos apetecido es cada vez más todo, cualquier cosa, menos una garantía irrefutable que avale cualitativamente la validez, la eficiencia de una obra literaria.

Es irrelevante decir que el premio es el reconocimiento a toda una obra no sólo a un título como todavía por ahí se sigue creyendo. Mario Vargas Llosa es uno de los escritores de la segunda mitad del siglo pasado que desmiente a su compatriota Luis Alberto Sánchez, quien alguna vez sentenció que América Latina era una novela sin novelistas. Esto lo dijo al constatar que los narradores de este costillar del planeta eran recordados por un solo texto y no por una obra. Esto sigue siendo cierto todavía entre nosotros, el escritor latinoamericano se preocupa por escribir libro tras libro y no por construir una obra donde diversos títulos con-

fluyan para crear una cosmogonía personalizada.

Vargas Llosa como Carlos Fuentes, otro permanente ya merito del Nobel, es uno de esos autores de obra que en su conjunto construye el universo narrativo donde asistimos al conjuro de sus obsesiones y convalecencias estético-ideológicas que van desde el reflejo testimonial sociopolítico pasando por el delirio erótico y la documentación exacerbada de una cotidianidad donde la violencia lacra nuestra historicidad. Violencia que usualmente se muestra en toda su patología como instrumento del poder en todos sus niveles: político, militar, religioso, económico y otros etcéteras que se quieran sumar.

2

Pienso que el asilo de ancianos conocido como Academia Sueca este año no nos hizo suecos y concedió el premio a un escritor que desde hace muchos años lo merecía, dicho esto sin fervor patrioterico latinoamericanista. Al margen de sus posiciones políticas que ni por descuido ni por desquiciamiento comparto, pienso que este premio, campeonato mundial lo llamaría alguna vez Rafael Ramírez Heredia, sólo es un reflejo del posiciona-

3

Cinzontle

* Escritor, crítico de arte y literatura y promotor cultural.

4
Cinzontle

miento alcanzado desde sus iniciales cuentos de *Los jefes*, la experimentalidad agobiante de *La casa verde*, la introyección desgarrada de *La ciudad y los perros*, el desborde trasgresor de *Conversación en la catedral* o la contundencia diegética de *La guerra del fin del mundo* como piezas axiales de un mosaico al que se suma, en varios títulos, el ajuste de cuentas con su propio pasado de simpatizante de una izquierda en la que participó como quien hace turismo ideológico. Allí él con sus fantasmas políticos.

Lo que me interesa es su obra literaria. No tengo miedo de hacer un doble corte esquizoide. Uno, dividiendo sus opciones como ciudadano frente a las expectativas socio-económico-políticas y su presencia como el escritor que es; otro, el personal, mío, al separar al lector idealmente puro que abstrae la ideología del autor para disfrutar de sus textos, al margen del escritor-lector que realmente soy, más de una vez prejuiciado y obsesionado por los viejos míticos cuestionamientos del compromiso y función social de la literatura, sobre todo en tiempos como los nuestros tan fascistamente militarizados por la narcopolítica.

Este doble corte me permite distanciar a Vargas Llosa escritor del Varguitas que sin fuerzas de gigante soñó ser presidente un día. Aquí arriesgo una respuesta a la pregunta de Heriberto Yépez ¿cuándo se jodió Vargas Llosa? Cuando decidió ser el mesías que salvaría a su país de la corrupción y de otros querubines de la politiquería. Como se sabe los peruanos rechazaron que se sacrificara como presidente. Sabía elección del pueblo que quiso ver a Varguitas como lo que siempre ha sido, es y será, escritor. El resentimiento de don Mario es conocido, optó por castigar a sus compatriotas asumiendo la nacionalidad española. Diría Ernesto Sábato, muy su derecho de pelearse con sus oscuros fantasmas.

3

De toda la obra de Vargas Llosa prefiero en su orden *La ciudad y los perros*, *La casa verde*, *Conversación en la catedral* y *La guerra del fin del mundo*. Si a Juan Rulfo le bastaron dos obras, de paso, no muy extensas, a Varguitas esos cuatro títulos son más que suficientes para presumir el renombre que tiene. Sus otros títulos son algo así como plusvalía de su oficio de escritor. Conste que hasta ahora sólo me he referido a su obra estrictamente ficcional. Su quehacer como ensayista es otro cuento largo de contar. De estos libros me apabullan, *Historia de un deicidio* y *La orgía perpetua*. En una esquina Gabriel García Márquez; en la otra, Gustave Flaubert. Por un lado los Buendía y doña Úrsula Iguarán; por otro, Madame Bovary. Algo más. Si a Rilke también se le recuerda por sus *Cartas a un joven poeta*, a Vargas Llosa también se le recordará por sus *Cartas a un joven novelista*, donde logra la hazaña de traducir a lenguaje cotidiano la densidad teórica del estructuralismo para orientar a un posible joven aspirante a narrador por los laberintos y andamiajes de la estructura del relato.

Dicho esto vuelvo a lo de mis preferencias de su obra novelística. Por razones de prudente mesura no merodeo los archipiélagos de sus cuentos ni de su noveleta o novela corta, *Los cachorros* que originalmente se llamó *Pichula Cuéllar*, título que debió cambiar por aquello de que *pichula* en Perú es, coloquialmente, pene, pinga, picha, pito y miles de bautizos que ha recibido y no precisamente por veneración priápica eso que delicadamente llamamos miembro viril, virga pues. Tal vez por pura deformada asociación de ideas esto me conduce a sus textos explícitamente eróticos, textos que según la conseja adolescente deben leerse sólo con una mano. Es en el erotismo donde los aportes temático-estructurales de

Vargas Llosa testimonian mejor la renovación estilística que su producción narrativa significa para el relato latinoamericano. Sus dos títulos, *Elogio de la madrastra* y *Cuadernos de don Rigoberto* son algo así como la restauración de ese diablo en el cuerpo que es el despertar de la sexualidad adolescente. Lo del diablo en el cuerpo es sólo para recordar a un cada vez más olvidado/desconocido Raymond Radiguet, un Rimbaud narrador que en apenas veinte años de vida nos dejó de herencia *El diablo en el cuerpo* y *El conde de Urgel*.

4

Quiero detenerme brevemente, ya para iniciar el final, en algunos aspectos de la obra vargallosiana enunciados a lo largo de esta apretujada ponencia. Estos aspectos rondan constantemente las esquinas de su narrativa, dramaturgia e incluso de su ensayística. Son: la violencia, la trasgresión, la fragmentariedad totalizadora y la utopía.

41 LA VIOLENCIA

Siempre aparece como vía para revelar la verdad que se esconde agazapada bajo el manto de las buenas intenciones socio-morales. Es casi el secreto a voces de la condición humana que a la primera oportunidad se expresa con crudeza. Más que por el rigor disciplinario militar del colegio Leoncio Prado, la violencia se perpetra por los alumnos cadetes en *La ciudad y los perros*. Esta violencia Vargas Llosa la exhibe en toda su obra de la mano de fantasmales demonios que explican las fuerzas irracionales, por otra parte, del proceso creativo. Son demonios energizantes, instintivos, incontrolables que inducen al escritor a crear sus mundos personales. Tal vez por eso la violencia aparece con impudor que trasciende las apariencias, esa hipocresía que piensa mantenerse a salvo porque no ha sido expuesta



De la serie Casa de la memoria, 1.

5 Cinzontle

en su doble o triple moral. Ante la violencia, Vargas Llosa entrega un discurso desde la perspectiva de un buitre, un gallinazo, un zopilote, que puede abarcar en su carroñosa mirada. Lo paradójico es que a través de la violencia los personajes se muestran más humanos, precisamente por exhibir su lado tortuoso. Esto lo acerca a esa percepción del mundo de Georges Bataille en *La literatura y el mal*.

42 LA TRASGRESIÓN

A lo largo de toda su obra ficcional Vargas Llosa expresa una hermandad cómplice con los personajes trasgresores, por vía de ejemplo, el

Jaguar, la Chunga o Flora Tristán. No en vano Sade y Bataille son parte de la lista de sus autores favoritos o un personaje como Madame Bovary, ejemplo de trasgresión viva. En la obra de Varguitas la trasgresión respira, transpira, humores deicidas como oposición a la realidad, al contrato social de lo establecido, de lo correcto. Aquí se ubica la escenificación del poder como espacio donde toda trasgresión es posible. De alguna manera, sugiere Vargas Llosa, la trasgresión es ejercicio del poderoso, sólo quien tiene poder puede trasgredir. Sin embargo, en su caso esta trasgresión no implica rebelión. El rebelde reacciona ante lo que se le

quiere imponer; el trasgresor busca transformar la situación y digo situación en términos sartreanos. De todas maneras el trasgresor es un escéptico que deja todo en manos del azar. Así, la literatura es una trasgresión total, absoluta, donde lo real sólo es un pretexto sin que por eso se desbarranque, la literatura, a los miasmas de la evasión. Por si aún no lo dije, la literatura no es refugio para suplantar la vida.

43 LA FRAGMENTACIÓN TOTALIZADORA

Aunque pueda decirse que el discurso narrativo de Vargas Llosa gire alrededor de las telarañas

6
Cinzontle

del poder, mediante la fragmentariedad niega la bruma monolítica del poder. Su visión fragmentaria del mundo, del lenguaje, la interpolación laberíntica del tiempo, la simultaneidad espacial, la superposición de diálogos muestran el caos de nuestras precarias existencias monodimensionales. En novelas como *Conversación en la catedral* asistimos a la multiplicidad de nuestra cotidianidad. Nos vemos sobre el reflejo de un espejo trizado donde el mundo es tan fragmentario como quienes lo habitamos. Nos pone cara a cara con la naturaleza escindida de nuestra cultura que se asume como líneas zigzagueantes en procura de una continuidad ininterrumpida. De esta manera es como podemos pretender atracar en los muelles inaccesibles de la totalidad. Esta totalidad no es un mural inmóvil sino un valladar en continuo movimiento. Todo lo que sucede a los personajes es culminación, descubrimiento, hallazgo y hartazgo de su identidad. De esta manera Vargas Llosa es un escritor anti-utópico, a la manera de Flaubert o Balzac, por eso puede permitirse la pregunta desoladora con que inicia *Conversación en la catedral*, “¿en qué momento se jodió el Perú?” Que traslapando a nuestra experiencia podríamos preguntarnos ¿en qué momento nos jodimos?

44 LA UTOPIA

La espacio-temporalidad histórica que transita por la violencia, la trasgresión, la fragmentación totalizadora, desemboca en realidades que se nos presentan como anti-utópicas. Asistimos al derrumbe de nuestros mitos más entrañable, a la demolición de las mentiras piadosas que conforman la histeria paranoica que solemos sacralizar como historia patria historia nacional, hoy en pleno disfrute biserpentario. Vargas Llosa nos plantea el hecho de que el oficio de escribir

es acaso lo único que nos permite liberarnos de nuestra maldición original que nos condena a la suma paranoide de falsas realidades demagogizadas. Siendo su visión anti-utópica toda su obra es la conjunción de una épica de utopías híper idealistas que pretenden desdeñarse o ignorar la realidad. Esta épica o anti-épica es el relato del fracaso, de la derrota personal y colectiva de los latinoamericanos que no tenemos, pienso, más alternativa que insistir en la demencial creación de nuevos mitos y nuevas utopías a través del arte, de la literatura como una heroica supervivencia de nuestra capacidad de inventar, de trasgredir, de ser no lo que nos permiten ser sino lo que hemos decidido ser. Es decir, la presencia del escritor como un perenne aguafiestas. Y ya.

ANEXO

En Vargas Llosa nos encontramos frente a dos caras, la del Dr. Jekyll y la de Mr. Hyde. La primera es su faz siempre respetable y admirable como escritor; la segunda es la tenebrosa, horripilante e inhumana sumisión a la globalización salvaje del neocapitalismo que, está visto, se derrumbó estrepitosamente. Con Varguitas puede confirmarse aquello de incendiario en la juventud, bombero en la vejez. Su triada de *La ciudad y los perros*, *La casa verde* y *Conversación en la catedral*, serían un ejemplo de lo primero. Luego vendría su personal ajuste de cuentas con lo que fue para él su ideológica sarna juvenil en otra triada, *Historia de Mayta*, *¿Quién mató a Palomino Molero?* y *Lituma en los Andes*, sumido ya en la apoteosis de su entrega al capitalismo salvaje de los últimos cuarenta años. Comprobándose así lo que es como maldición gitana de todo escritor latinoamericano, oscilar entre el fracaso y la abjuración. Muchos han preferido superar el

fracaso (social-económico) renunciando a sus principios ideológicos con los que se dieron a conocer y alcanzaron notoriedad con el respaldo de la validez de sus obras.

La violencia y la pobreza parecen ser las marcas registradas de nuestro origen latinoamericano, y esto Vargas Llosa lo ha testimoniado en su obra.

Escribir es un acto de rebelión y provocación contra la realidad; es un intento de corregir los viejos renglones torcidos de una realidad presuntamente impuesta por un dios ensoberbecido en su procaz tiranía inmanentista. El escritor es un disidente que crea mundos verbales porque no acepta la vida como es, escribe para protestar contra la realidad. No se puede no estar de acuerdo con Vargas Llosa cuando dice: “todos los novelistas son rebeldes pero no todos los rebeldes son novelistas”. Sometido a la demencia luciferina de la creación literaria el escritor es un rebelde ciego que pretende rehacer la realidad por lo que su obra, en este caso la de Vargas Llosa, es una reedificación de la realidad por su desacuerdo con el mundo. Tal vez por esto la literatura va más allá de una simple suplantación de dios.

Después de todo, la literatura no es un camino hacia la santidad. Lo dijo André Gide: “no se hace buena literatura con buenos sentimientos”. A pesar de sus tropiezos y caídas en lo ideológico no ha dejado de ser fiel a su vocación/condición de escritor porque nadie escribe negándose a sí mismo aunque haya sombras parásitas que quieran interponerse entre la obra y el lector. Para un escritor y Vargas Llosa lo es con excelencia, el gran conflicto es decidir qué decir, qué no decir y cómo decirlo.

Villahermosa, 12 de noviembre de 2010.